

## 21er Domingo Ordinario A/2011

Las lecturas de este domingo hablan de la autoridad humana, en cómo está relacionada con Dios y como ella afecta nuestra relación con Dios y con nuestros semejantes. En la primera lectura, el profeta Isaías describe un modelo de autoridad que es completamente diferente a la forma democrática del gobierno que tenemos hoy.

De hecho, el texto describe el caso de un administrador del rey que es destituido debido a su mala dirección y es sustituido por otro. El texto nos da también una idea de cómo en ese tiempo el poder era organizado y la autoridad era concebida como viniendo de Dios y llevada en el nombre de Dios. Esta es la razón por la cual el administrador fue visto, no sólo como un padre a los habitantes de Jerusalén, sino también como un delegado a quien fue dado la llave a la casa de David de modo que cuando él abrió, nadie pudo cerrar, y cuando él cerró, nadie pudo abrir.

Esta visión de autoridad es prominente en el Evangelio de hoy cuando Jesús delega a Pedro a conducir la Iglesia en su nombre. En primer lugar, el Evangelio dice que, cuando Jesús entró a la región de Cesárea, él le pregunto a sus discípulos quien piensa la gente que es él.

Seguramente, la opinión de la gente fue variada y la gente identifica equívocamente a Jesús con Juan el Bautista, Elías, Jeremías o con uno de los profetas. Este episodio nos muestra como la gente se equivoca fácilmente, pensando que ella conoce a alguien sólo por conocer el exterior.

Como la gente falló en reconocer a Jesús con su verdadera identidad, él volvió a sus discípulos y les preguntó quién piensan que es él. Fue en este momento que Pedro, inspirado por el Espíritu Santo y lleno de la gracia de Dios, dijo que él es el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Para Jesús, tal respuesta fue el resultado de la revelación de Dios y no del descubrimiento humano.

El error de la gente sobre la identidad de Jesús es una advertencia para nosotros a que vengamos a decir de nuestra propia experiencia quién Jesús es para nosotros. Por supuesto, podemos decir muchas cosas sobre Jesús desde lo que hemos aprendido de nuestros padres, o en el Catecismo, la educación religiosa o desde nuestros sacerdotes. Permanece, sin embargo, un deber que vengamos a decir en nuestros propios términos y con nuestras propias palabras quién es Jesús para nosotros. Tenemos que salir de la fe anónima, en la cual repetimos cosas que hemos aprendido, para venir a una fe asertiva, basada en la experiencia de la vida personal. Por eso, en nuestro viaje de fe, no podemos contentarnos con lo que sólo hemos oído sobre Jesús. Tenemos que dar una respuesta personal a la pregunta de su identidad.

Después de que Pedro confesa la identidad de Jesús, Jesús le hizo una promesa triple. La primera promesa es con relación a la identidad de Pedro que se vuelve la roca en la cual la Iglesia será construida. La segunda promesa es con relación a la afirmación que Satanás y sus fuerzas nunca destruirán a la Iglesia. Y la tercera es con relación a las autoridades de Pedro a conducir la Iglesia.

Cada una de estas promesas tiene una consecuencia para el entendimiento del mando en la Iglesia y su papel en el mundo. Primero, la fundación inicial y original de la Iglesia es Jesús. De un modo derivado, Pedro es la fundación de la Iglesia, también, en el

sentido que él es la primera persona en descubrir quién era Jesús. Entonces, es en la confesión de su fe que la Iglesia está construida y sigue existiendo. Pero, como él hablaba de parte de los otros apóstoles, esto significa también que la promesa hecha a Pedro fue para la consolidación de la Iglesia que él representaba. Por lo tanto, alguien que confiesa la misma fe se hace un miembro de esta comunidad grande, que es la Iglesia.

Segundo, la Iglesia nunca fallará en su papel de salvar a la gente y de conducirla a la vida eterna, porque ella vive con la promesa firme de que las fuerzas contrarias a ella nunca la derrotarán. Por eso, independientemente de lo que le podría pasar a la Iglesia en la historia humana, siempre ella sobrevivirá, porque ella no es un trabajo humano.

Tercero, cuando Jesús le dio a Pedro las llaves y el poder de atar y desatar, El lo puso en la posición de mando y de cabeza de la Iglesia. Él le ha dado la autoridad de conducir, de alimentar y de defender la Iglesia. El deber de atar y desatar hace de Pedro un funcionario con poder de decisión sobre los asuntos de la vida de la Iglesia.

El simbolismo de la llave significa también que le da la responsabilidad de guardar la Iglesia en la unidad, la verdad y la enseñanza correcta. Como la experiencia nos ha enseñado, es sólo a amigos de confianza que les dejamos las llaves de nuestra casa cuando vamos de vacaciones. Damos la llave de nuestro coche a alguien sólo cuando estamos seguros que él/ella puede conducir bien.

A veces cuando alguien ha abusado de nuestra confianza, simplemente decimos: “devuélveme las llaves“. Por lo tanto, tenemos que entender que cuando Jesús le da las llaves a Pedro, El le ha confiado el cuidado de la Iglesia. Aquel papel de responsabilidad, mando y cuidado sobre la Iglesia es seguido hoy por el Papa que mantiene la fe y la unidad de la Iglesia en Cristo Jesús.

El liderazgo en la Iglesia es parte del plan de Dios que hizo que Pedro sea el primero entre sus pares para liderar a la unidad de la primera comunidad. San Pablo dice que aquel plan de Dios es impenetrable e incomprensible. Cuando meditamos sobre la sabiduría de Dios, su riqueza, sus juicios y su conocimiento, tenemos que admitir que el modo que él nos conduce es completamente misterioso, porque no sabemos realmente explicarlo. El plan de Dios no es solo un misterio para la historia del mundo y la historia de los pueblos, sino también para nuestra propia vida.

Oremos hoy por nuestro Papa Benedicto para que el Señor lo bendiga para conducir su Iglesia en el camino de verdad, fe y unidad. ¡Que aquellos que tienen una responsabilidad particular dentro de la Iglesia trabajen juntos para la gloria de Dios y la unidad de los pueblos de Dios! ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Isaías 22, 19-23; romanos 11, 33-36; Mateo 16, 13-20**



Fecha de la Homilía: el 21 de Agosto, 2011

© 2011 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20110821homily.pdf